

CARLOS E. RESTREPO

ORACION

POR

BERRIO

Pronunciada el 28 de junio de 1927,
al empezar el gran
desfile cívico de las festividades
centenarias.



Imprenta Oficial.

CARLOS E. RESTREPO

ORACION

POR

BERRIO

Pronunciada el 28 de junio
de 1927, al empezar
el gran desfile cívico de las
festividades centenarias.



ORACION POR BERRIO

Pronunciada el 28 de junio de
1927, al empezar
el gran desfile cívico de las
festividades centenarias.

Señores:

Hay una grave dificultad para diseñar vidas como la del Dr. Pedro Justo Berrío. Si bien es cierto que, siguiendo el pensamiento de un centellante panfletario, "la biografía es túnica que no debe cubrir sino carnes ilustres", y entonces cábele al Dr. Berrío una de aquellas vestiduras de pliegues romanos, amplias y solemnes, que tejiera Plutarco para sus hombres; también es verdad, por otra parte, que es fuero y pragmática de noble caballería que los varones no deben ser juzgados sino por sus pares; y,

Oración p r Berrío.

en tal caso, los que no podemos hombrearnos con el héroe de las gestas antioqueñas, tenemos qué declarar la impotencia del esfuerzo y limitarnos a un esbozo vago, lejano y respetuoso.

Cuando el adolescente Berrío aparece por primera vez en el escenario de nuestra vida provincial y se presenta en el Seminario de Antioquia, tiene una respuesta que fué la revelación de su carácter y la profecía de sus destinos.

—¿A qué viene?—le preguntó el Rector.

—Vengo a aprender.

Otro hubiera dicho: "Vengo a estudiar", y se hubiera alargado en copiosa fraseología; pero el joven Berrío descontaba los medios y, con fe plena en su voluntad, abarca el fin y lo da por cumplido. Era el amanecer del carácter y de la acción.

El Dr. Berrío fué primero hijo legítimo y luego viva encarnación del pueblo en que nació. A la contextura del alma correspondieron los atrevimientos del ánimo y el vigor

Oración por Berrío.

físico. Montañés de pura cepa, sus pies desnudos escalaron las cumbres, salvaron los peñascales y, con firmeza, ganaron las hondonadas. Así se preparó para las fugas audaces y para el exilio en las cavernas; y fué así como lo encontraron endurecido de cuerpo y enhiesto de valor, la lucha entre los montes y los golpes de guerra afortunados.

Hombre de trabajo, bondadoso de corazón, recto de juicio y apasionado del progreso, el Dr. Berrío—como la masa de sus conterráneos—fué eminentemente civil. A la misma revolución armada de 1864, que le había de dar la nombradía que alcanzó y a la que lo llamaban con ahinco sus copartidarios, invocando los nombres sagrados de religión y patria, se opuso con tenacidad. No fué sino “para no dejarlos solos” por lo que empuñó la espada y se lanzó a la lucha. Entonces, como en la guerra grande de 1860, su intervención en Antioquia fué decisiva y aun puede calificarse de genial. Estra-

Oración por Berrío.

tega intuitivo, ayudado por visión clarísima y por valor personal a toda prueba, dominó la fortuna de las armas e hizo suya la victoria, a fuerza de sorprendente audacia.

Coronado el triunfo, establecida la paz, él mismo nos dijo qué valor asignaba a sus laureles: "El renombre y las glorias militares pasan fugazmente y sólo queda lo que contribuye al bienestar moral o material de los pueblos".

Hé aquí un fruto genuino de esta tierra de labor, que no fía su grandeza sino al imperio de la paz; pero que acumula reservas de heroísmo bélico cuando la suprema necesidad las reclama y ciñe espada al cinto de sus Cides. . . de algún Girardot, de algún Córdoba.

Así como incidentalmente y cuando el deber lo impuso, mostró el Dr. Berrío que poseía las cualidades de los grandes militares, también probó—para rendir culto al trabajo y no desmentir que había nacido en esta Fenicia colombiana—que tenía prendas de negociante ac-

Oración por Berrío.

tivo y hábil. Nacido en casa pobre, al mismo tiempo que se daba al estudio, comerciaba luerativamente para subvenir a sus menesteres y a los de su familia. Más tarde, el trabajo le dió una fortuna modesta, que hubiera sido cuantiosa, si no hubiese consagrado todas sus energías al servicio de la República, servicio que jamás convirtió en industria luerativa y que le hizo terminar la vida a las puertas de una miseria tan limpia como honrosa.

Pero si la naturaleza y la educación lo habían dotado pródigamente para las armas y los negocios, la Providencia le señaló destinos más encumbrados.

Un puesto de coronel, accidental y silencioso, le deparó la victoria fulminante de Yarumal, al comenzar el mes de enero de 1864; el 10 de ese mes surgía de la penumbra y, por aclamación improvisada y unánime, fué consagrado jefe civil y militar de Antioquia; y el día 11 tenía dada a Colombia una proclama de habilidad con-

Oración por Berrío.

sumada y de energía suprema. Fué aquéllo como un prodigio: una gloria histórica que surgió, se modeló y se consolidó en ocho días. Ni la gloria ni la historia se improvisan: era que allí había materia para la historia y para la gloria!

Así comenzó esta vida cívica que hoy nos congrega en homenaje férvido; vida que llena todos los ámbitos del país y que forma uno de los capítulos más limpios en los anales de Hispano América.

De este modo principió la ascensión del Dr. Pedro Justo Berrío, que continuó sin merma, porque sus fecundas actividades no cesaron sino el 14 de febrero de 1875, cuando descansaron para siempre el brazo luchador y el cerebro organizador.

Esas actividades fueron asombrosas en número, en acierto y en previsión.

Y hay que darle a esta palabra **previsión** todo su amplio significado de anticipada visión del porvenir. Cuando se analizan las iniciativas y rea-

Oración por Berrío.

lizaciones del Dr. Berrío, se sorprende uno de cómo su intuición inspirada lo llevó a abarcar casi todos los problemas que ahora mismo nos están preocupando y otros a que sólo en el día de hoy, y en virtud del prodigioso avance contemporáneo, se les está reconociendo la merecida importancia.

Veámoslo en una rápida enumeración de sus ocupaciones y preocupaciones:

Tocóle ponerse al frente de los destinos de Antioquia cuando en los últimos catorce años, cuatro guerras civiles—entre ellas la arrasadora del 60—y una dictadura militar dañina y vergonzosa (¡qué dictadura no será daño y vergüenza!) habían asolado la República, empobrecido y corrompido al pueblo y destruido los fundamentos de la vida civil y constitucional. Todo estaba por hacer o rehacer, y a ello se consagró con tino y actividad pasmosos.

El jurista que consulta nuestro Código de Minas recuerde que a Berrío débese la forma-

Oración por Berrío.

ción de esa obra de sabiduría práctica, y sepa el minero que se hunde entre los socavones que sus derechos están amparados por la solicitud de su camarada de bregas, el mandatario antioqueño.

No olviden el capitalista ni el banquero ni el buhonero que las rutilantes piezas de oro y plata que pasan por sus manos deben su perfección a las iniciativas del Dr. Berrío, realizadas esforzadamente en la Casa de Moneda; ni los obreros del campo, que él trabajó por dotar a Antioquia de un establecimiento para producir, fundir y modelar el hierro redentor.

Nada escapó a la acción renovadora: fundó la Imprenta Oficial cuando el noble arte de los tipos y las prensas andaba en pañales; previó la importancia de la higiene y de los hospitales científicos, y reorganizó en grande el de San Juan de Dios; cuando no había espíritu de asociación, creó y difundió por el viejo Estado las sociedades de fomento, abuelas

Oración por Berrío.

de muchas asociaciones actuales y, por ascendencia directa, de la benemérita Sociedad de Agricultores. Cuando la industria bancaria era institución esotérica y misteriosa, inventó el Banco de Antioquia, principio de estos admirables establecimientos nacionales y extranjeros, que hoy son factor necesario en la circulación y distribución de la riqueza seccional; y a aquella acción se debe esto otro que la costumbre nos hace ver con indiferencia y que entónces fué el milagro del telégrafo, por cuyos hilos, un pensador genial de la época—el Dr. Ricardo de la Parra—creyó sentir que pasaba el soplo del mismo Dios.

Todavía se está discutiendo en Criminología el problema de las Colonias Penales, si bien la balanza de la experiencia se inclina con decisión a su implantamiento definitivo. El Dr. Berrío, para quien era nuevo, lo decidió en el mismo sentido, y hoy la nación y los departamentos están reanudando el hilo roto desde hace sesenta

Oración por Berrío.

años y tratando de redimir a los criminales, no por crueldades absurdas, sino por la virtud purificante del trabajo.

Apenas en los últimos tiempos se ha hecho visible que un buen programa de administración pública tiene qué basarse en estos dos postulados fundamentales: caminos y escuelas. A ellos consagró el Dr. Berrío los más perseverantes esfuerzos de los nueve años de su administración.

Dos después de iniciada, en 1866, pasó a la legislatura del Estado un clarividente mensaje, que fué el origen de la ley 78 de ese año, en que recomendaba como indispensable para Antioquia, la construcción de un camino carretero o de rieles. En otro mensaje de 1871 insistía sobre la misma idea, con estos previsores conceptos:

“Antioquia, más que cualquier otro Estado, necesita buenos caminos que le abran las puertas del comercio del mundo; y por cobardía y timidez en buscar salidas para nuestros productos, no debemos per-

Oración por Berrío.

manecer indiferentes a ese admirable movimiento industrial que vence los obstáculos y engrandece a las naciones.

“Nada habremos hecho de positivo provecho para el Estado mientras no lo pongamos en comunicación con el extranjero por medio de un camino a la altura de las necesidades de la época... Nada justificaría la exacción de las contribuciones existentes, si no se emplearan en el fomento de esos grandes intereses”.

Recuérdese que en aquel tiempo era Antioquia una región mediterránea, ajena a todo contacto de hombres e ideas extrañas, sin más comunicación con el mundo exterior que los mataderos del llamado Camino de Islitas, por donde los próceres transitaban a pie y nuestras abuelas eran llevadas en silleta, aparato ultrajante con que, al decir de Humboldt, el hombre convertía al hombre en bestia. Región que hubiera podido considerarse como expatriada del mundo, propicia a

Oración por Berrío.

toda suerte de pequeñeces y supersticiones.

Bajo la administración Berrío se construyeron los primeros cuarenta kilómetros de la carretera ideada y se dejó trazado el camino hasta el Magdalena. Desde entonces adivinó el gobernante la importancia que en el futuro habían de tener la Quebra y el valle del Nus.

Ved aquí el origen del Ferrocarril de Antioquia, que por sí solo ha producido una verdadera creación en esta tierra, descrita por Virreyes y Visitadores coloniales como la más atrasada y miserable del país. Ese también fué el principio de este movimiento febril de carreteras que nos ha invadido y al que sólo de unos diez años, a esta parte se le está considerando como factor decisivo en el progreso universal.

Por cierto que en la capítosa correspondencia sostenida por el Dr. Manuel Murillo Toro, Presidente de la República, y el Dr. Berrío, desde 1864 hasta 1872, se advierte una cu-

Oración por Berrío.

riosa pugna entre estos dos conductores y videntes. Trataban en ella de las urgencias públicas y, naturalmente, de carreteras y ferrocarriles; aunque al principio el Dr. Murillo fué partidario de aquéllas y alentaba al Dr. Berrío para que las construyera, terminó por dar decidida preferencia a los ferrocarriles.

Esa correspondencia que, por las condiciones peculiares y arriesgadas en que la iniciaron los dos preclaros varones, fué en un principio seca y aun amenazadora, se hizo luégo amistosa y hasta familiar. En carta de septiembre de 1872 decía el Dr. Murillo al Dr. Berrío:

“Apuesto un sombrero de jipijapa y una mula a que primero tenemos ferrocarril por Carare que Udes. camino carretero de veinte leguas. Nunca deplorará Ud. bastante su obstinación en botar la plata en camino carretero, cuando vean y palpen cómo andan los otros pueblos que han sido más audaces para emprender la construcción de vías férreas”.

Oración por Ferrío.

Por cierto que ninguno de los dos ganó la apuesta, porque ni la carretera al Magdalena ni el ferrocarril del Carare han llegado; pero ambos gobernantes supieron apreciar la magnitud de problemas que a estas mismas horas preocupan a todos los espíritus dirigentes y que los técnicos no han resuelto en forma definitiva.

La instrucción y la educación públicas, en todos sus grados, son uno de los más hermosos gajos de laurel en la corona que la posteridad ciñe a la cabeza erguida del conductor.

Su Plan General para las Escuelas primarias es obra maestra para la pedagogía de aquellos tiempos y con él las multiplicó e impulsó en número y calidad no sospechados antes, de modo tal que fué éste uno de los caracteres por donde la administración Berrío comenzó a imponerse a la admiración de los colombianos. A ellas agregó las escuelas nocturnas, las dominicales y las "Escuelas-Talleres"; la tradición de las

Oración por Berrío.

tres instituciones se rompió, para no recomenzar sino en las nocturnas, merced a la feliz iniciativa de la Sociedad de San Vicente de Paúl; las otras dos esperan el resurgimiento; y debe añadirse que hoy toda escuela—ampliando el pensamiento del Dr. Berrío—debe ser al mismo tiempo un taller.

Condolido de nuestra pobreza indígena, envió misiones a la región de Occidente y nombró Protectores de indios; conocedor del atraso general y dando al libro la importancia civilizadora que tiene, fundó la Biblioteca del Estado; sospechando la trascendencia de los estudios de Ciencias naturales, estableció un Jardín Botánico; y concediendo a la etnografía y a la historia el rango merecido, echó los fundamentos de un museo.

La educación superior no podía ser desatendida por el sabio gobernante. Amplió las bases del llamado entonces Colegio del Estado, que vino a convertirse en la Universidad de Antioquia; a ese instituto pres-

Oración por Berrío.

tó cuidados asiduos, visitándolo e informándose sobre su marcha, mientras presidió los destinos de Antioquia; rigiéndolo luego en tinoso rectorado, que fué la postrera y más querida actividad de su vida pública.

Anehas fueron las aulas del Colegio universitario, diáfano y respirable el ambiente, claras las ideas que circulaban sin embarazo. Porque no trató a los educandos como pupilos, los jóvenes se sintieron hombres y así se formó una generación de varones masculinos: los mismos que lucharon en nuestros campos de muerte, desde 1876 hasta 1902; los que con el brazo o con el cerebro cultivaron los anchos surcos abiertos por Berrío y prepararon la prosperidad presente.

Era de ver cómo de los otros Estados de Colombia acudía a formarse en esos claustros una juventud entusiasta, atraída por el nombre prestigioso de aquel maestro de almas y de caracteres.

No padeció el Dr. Berrío la

Oración por Berrío.

dolencia latina, agravada en el trópico, del academismo y del formalismo; por eso en su vida propia y en la intelectual y moral que infundió a los otros, no pone trabas el follaje lujurioso de la retórica vacía; todo allí es movimiento, acción, virilidad.

El Dr. Berrío fué, ante todo, un hombre y un profesor de hombres.

Acaso como antídoto a la enseñanza colonial, cuyas reminiscencias perduran; y seguramente para llenar una necesidad premiosa, exigida por las urgencias del pueblo, del país y de los tiempos, puso todas sus complacencias en la Escuela de Artes y Oficios, fundada y llevada por él a sorprendente grado de perfección. No olviden nuestros menestrales y artesanos, muchos de los cuales han llegado a ser verdaderos artistas, que es al Dr. Pedro Justo Berrío a quien se debe la iniciación técnica de sus nobles oficios.

Seguimos viviendo los mismos tiempos y las mismas nece-

Oración por Berrío.

sidades que los del Virrey Caballero y Góngora y los del gobernante Berrío. No acabamos de convencernos de que la salvación de un país nuevo y de grandes riquezas naturales—grandes, pero inexplotadas—no está en la retórica ni en las borlas doctorales, sino—hoy como ayer—“en la lima, en el nivel y el compás”.

Finalmente, culminó en este ramo de las mejoras públicas, en la fundación de la Escuela Normal Modelo, la que creó y organizó de la mejor manera que los tiempos y las circunstancias se lo permitieron.

Comprendió, sin duda, que las verdaderas Escuelas Normales son la base, el fundamento y el eje de la instrucción y de la educación; que no puede haber escuelas ni discípulos donde no hay maestros; y que éstos no pueden existir donde no hay maestros de maestros.

La Escuela Normal debe ser, como su nombre lo indica, la normativa de la educación de un pueblo; verdadero seminario, capaz de formar los misio-

Oración por Berrío.

neros encargados de plasmar la vida intelectual y moral de nuestros hijos, y, por lo mismo, la vida intelectual y moral de la nación.

El Dr. Berrío abarcó la magnitud de la obra y la enalteció hasta donde le fué dable. Hoy el problema está en pie, y Colombia y los Departamentos exigen Escuelas Normales a la altura de la misión que están llamadas a cumplir.

Patriota acendrado—pero no regionalista con estrecheces, ni nacionalista con el monstruoso exclusivismo que hoy amenaza devastar al mundo—labró la prosperidad de su terruño con el concurso de hábiles elementos extranjeros, que a cada ramo en que los supo emplear aportaron magnífica contribución, colaborando así el mandatario antioqueño en la solidaridad humana, y ahogando en germen los prejuicios de nacionalidades y de razas.

Fué, de este modo, el precursor de las misiones técnicas, que países populosos y altivos no han desdeñado buscar para pro-

Oración por Berrío.

gresar; y se anticipó al empleo de la inmigración celular, aconsejada por la sociología contemporánea y preconizada como una de las mayores necesidades de Colombia, por los más pensantes de nuestros estadistas.

Al contemplar esta lujosa serie de fundaciones y reformas, uno de los panegiristas del Dr. Berrío, exclamaba con sobra de razón: tratándose de Berrío no se debe preguntar, ¿qué bienes hizo?, sino, ¿qué bienes dejó de hacer?

Y cuenta que si hoy, después de un largo proceso de transformaciones verificadas por vigorosas fuerzas exteriores e internas, el introducir cualquier innovación es entre nosotros obra de titanes, ¿cómo no lo sería en aquellos tiempos rudimentarios, trabajados y carcomidos por las guerras intestinas, la falta de comunicaciones, el atraso de la prensa, los prejuicios..... y tantos otros factores que efectivamente acibararon el alma del gran patriota y acaso contribuyeron a su temprana muerte?

Oración por Berrío.

Para apreciar debidamente la obra de Berrío en el plano superior de la política grande, es preciso compenetrarse bien de las peculiares condiciones en que vivió Colombia en los doce años corridos de 1864 a 1876.

Triunfante el partido conservador de Antioquia en virtud del movimiento revolucionario del 64, se halló este Estado tradicionalista y conservador enfrentado a los ocho restantes de la confederación colombiana, en que dominaba el partido liberal con ese exclusivismo de las hegemonías, que ha sido la característica de nuestras agrupaciones políticas.

Cara a cara y en actitud de reto partían el sol, de un lado, un gobierno seccional, y, del otro, ocho gobiernos del mismo carácter, dichos soberanos, y el gobierno general; y esa tirantez abarcó todo el tiempo de las grandes actividades políticas del Dr. Berrío, hasta que la guerra luctuosa de 1876 vino a romperlo todo y a definirlo en forma de catástrofe.

Los que todavía conservamos

Oración por Berrío.

en borrosa remembranza infantil, la imagen del Dr. Berrío, sería, austera, modestamente erigida, recorriendo las calles de Medellín, en busca del techo familiar, unimos a ese recuerdo el de las veladas del hogar, todas llenas con el nombre ilustre y a cuyo rededor se movían todas las pasiones políticas de ese tiempo. En la memoria del niño quedó impreso el hervir tumultuoso de esas luchas.

Las tradiciones y la historia nos confirman cómo fué la violencia de aquellas pasiones; y ni hay qué recurrir al pasado para saberlo, porque los anales contemporáneos nos dicen que, en épocas de ardimiento político, se encienden en estas almas del trópico, el fuego de todos los malos instintos y el de todas las furias salvajes. Precisamente pintando uno de esos estallidos de insania, que continúan llegándonos como epidemias periódicas, escribía el Dr. Juan Esteban Zamarra al Dr. Pedro Justo Berrío: "aquí sa-

Oración por Berrío.

le calumniada hasta la misma calumnia”.

No cerró la noche del 10 de enero de 1864, día de la posesión gubernamental del Dr. Berrío, sin que para él empezara la tremenda y casi imposible lucha. Previendo que sobre el gobierno conservador de Antioquia se viniera todo el resto del país, en guerra desigual, se apresuró a dictar su decreto de aquel día—reafirmado al siguiente por un manifiesto a la Nación—decreto en que estampó esta rotunda declaración:

“El Estado de Antioquia continuará haciendo parte de la Unión colombiana, y se sujetará al Gobierno de ella en los asuntos de su competencia exclusiva, conforme a la Constitución Nacional”.

Imaginad los sentimientos que produciría esta declaración verdaderamente histórica: en los conservadores de Antioquia que aspiraban a proseguir por toda la nación las victorias empezadas en Yarumal y en Cascajo; en los del resto del país, que pretendían para la Repú-

Oración por Berrío.

blica un gobierno del mismo tinte político; en todos ellos, atizados por el más vivo celo religioso, aspirando al triunfo temporal de su credo, y no queriendo aceptar que un gobierno conservador y católico se incorporase a la Unión radical y reconociera una Constitución rigidamente liberal y laica.

E imaginad, asimismo, los sentimientos de los liberales de Antioquia que no creían posible que sus copartidarios, que en el resto del país eran mayoría y fuerza y gobierno, los dejaran sometidos al enemigo odiado; y las ideas de los liberales de fuera que no concebían cómo pudiera tolerarse que en Antioquia viviera y prosperara el adversario tradicional.

Meditad en la audaz declaración de Berrío, y veréis que ella podía contener el germen de formidables oposiciones, de permanentes disensiones y de varias guerras intestinas. Esa declaración sintetiza el afán esforzado de nueve años de go-

Oración por Berrío.

bierno, la lucha victoriosa de doce años de intensa vida cívica, y la gloria mayor de la más gloriosa de las administraciones antioqueñas.

Por su parte, el día en que el Dr. Berrío tomó aquella actitud, que fué a un tiempo inteligente, audaz y valerosa, tuvo qué darse cuenta de la primera dificultad, y era que su prestigio como jefe supremo no tenía más que una semana de nacido, y que su nombre escasamente traspasaba las fronteras del Estado; y él tenía necesidad de imponerse a los conservadores descontentos y de que los liberales le creyeran. Pero abrigaba fe en sí mismo y en su carácter de acero: probó a los unos que sabía imponerse; y a los otros, que él realizaba el milagro—el milagro tan raro—del político que no miente.

A este milagro de honradez patriótica correspondió otro, acaso providencialmente, de sagacidad política, encarnado en la persona del hombre de Es-

Oración por Berrío.

tado que se llamó Manuel Murillo Toro.

Veámos a los dos varones trabajando en el prodigio y obteniéndolo.

Aislado el Dr. Berrío en Antioquia y rodeado de toda la nación enemiga, en enero de 1864, como lo hemos contemplado, aumenta, arma y disciplina sus fuerzas, enloquece de entusiasmo bélico a los habitantes del Estado, y va él mismo a las fronteras del sur a ponerse a la cabeza del movimiento retador, listo a obrar sobre el Cauca o sobre Cundinamarca; pero conociendo a fondo lo precario de la situación, y apreciando en lo que valían las amenazas hiperbólicas de la raza, las hermano sabiamente con una autorizada comisión que impetrase ante el Presidente Murillo Toro, el reconocimiento del gobierno revolucionario y conservador de Antioquia, dentro de la Unión y de la Constitución liberal de la República.

Fueron tres meses de porfiada lucha política y diplomá-

Oración por Berrío.

tica y de ansiedad febril, en que los partidos agotaron la suma de sus actividades alrededor de los dos mandatarios para hacer triunfar sus máximas pretensiones y sus hegemonías, lo que hubiera implicado una nueva guerra de proporciones incalculables.

Triunfaron, al fin, la salvadora inteligencia transaccional y el equilibrio estable de las fuerzas sociales; la patria y los dos grandes patriotas, sobre los caudillos y los partidos.

El Gobierno del Dr. Berrío y la soberanía conservadora del Estado de Antioquia fueron reconocidos por el gobierno nacional en abril de 1864.

Hecho tan extraño y ajeno no a la idiosincrasia nacional, como la sincera convivencia entre nuestros "partidos chacales" pudo explicarse en 1854 y 1909, porque las fuerzas de dos dictaduras los amalgamaron por presión, y porque la primera de esas concordias fué presidida por patriota tan puro, desapasionado y superior como Manuel Ma. Mallarino. La causa

Oración por Berrío.

de esta otra muy noble inteligencia, que duró hasta 1876, acatada y mantenida contra viento y marea, entre dos hombres de ideas tan diferentes y aun contrarias como Berrío y Murillo Toro, fué seguramente el que ambos se encontraron en un plano superior de avenimiento, que fué la conservación de la paz. Para los dos patriotas era la guerra la ruina de todo, y era la paz la salvación común. Ya veremos cómo la buscaron y la cimentaron.

La acción que desde entonces ejerció el Dr. Berrío dejó de restringirse a Antioquia para asumir proporciones nacionales, y él vino a convertirse, en cierto modo, en árbitro de los destinos de la República. En todo caso, impuso normas generales de conducta y de administración, y su figura procerca se destacó, en altos relieves, entre las glorias de Colombia.

Situación que tuvo extraños caracteres de semejanza con la de 1864, fué la que atravesaron Antioquia y Berrío en 1867,

Oración por Berrío

frente a la dictadura del Gral. Mosquera.

También entónces el Dr. Berrío inflamó los ánimos republicanos con su histórico Mensaje del 10 de mayo, en que responde a la audacia del Decreto dictatorial del 29 de abril: reúne, arma y moviliza las fuerzas de Antioquia; manda comisionados al gobierno de Bolívar, y decide por la legalidad a su jefe vacilante; pacta con el Cauca una alianza decisiva para la causa de la democracia; y despierta en toda la nación las voluntades que al fin imponen el imperio de la ley.

De aquellas dos actitudes bélicas que el eximio gobernante asumió para la paz y por la paz, surgieron nuestros cantares de gesta, que se identificaron con el alma de la raza.

Gregorio Gutiérrez González, inspirándose en las palabras del mandatario, dijo la alternativa de la guerra o de la paz; y, obtenida la paz, el Dr. Berrío se encargó de fundir en los hornos de la Escuela de Artes "el hierro de las mismas

Oración por Berrío

frente a la dictadura del Gral. Mosquera.

También entónces el Dr. Berrío inflamó los ánimos republicanos con su histórico Mensaje del 10 de mayo, en que responde a la audacia del Decreto dictatorial del 29 de abril: reúne, arma y moviliza las fuerzas de Antioquia; manda comisionados al gobierno de Bolívar, y decide por la legalidad a su jefe vacilante; pacta con el Cauca una alianza decisiva para la causa de la democracia; y despierta en toda la nación las voluntades que al fin imponen el imperio de la ley.

De aquellas dos actitudes bélicas que el eximio gobernante asumió para la paz y por la paz, surgieron nuestros cantares de gesta, que se identificaron con el alma de la raza.

Gregorio Gutiérrez González, inspirándose en las palabras del mandatario, dijo la alternativa de la guerra o de la paz; y, obtenida la paz, el Dr. Berrío se encargó de fundir en los hornos de la Escuela de Artes "el hierro de las mismas

Oración por Berrío.

bayonetas" para convertirlas en picas y en azadas.

Himno a la paz y glorificación del trabajo fué el canto al maíz, en que cada estrofa es un tallo de la "espigada tribu", y cada verso es un pan para la boca del pueblo.

A su vez, Epifanio Mejía sintió la libertad del viento entre las selvas, y lo sopló por los ámbitos de la patria, en flauta labrada en oro de filones y con hierro de montaña.

Esos cantos vivirán, y vivirán resonando como salmos de Profeta. Dispersa y sin patria la raza a la cual, para nuestra honra, se nos compara, siguen escuchándose los versículos sagrados de lengua en lengua, de pueblo en pueblo y de generación en generación. Así los cantos de nuestros dos grandes poetas desafían las vicisitudes y los tiempos, y seguirán oyéndose en valles y hondonadas, animando la bulliciosa turba de las rocerías, y acompañando a los cóndores que van volando con libertad de monte en monte.

Oración por Berrío.

Punto de divergencia, y de los más escabrosos, entre las ideas y prácticas del Dr. Berrío y de su administración, y las del Dr. Murillo Toro y de la suya, fué la cuestión religiosa; pero todo ello fué definiéndose y arreglándose de modo excelente para el católico pueblo de la montaña, merced a la firmeza incontrastable del gran patriota y de la inteligente tolerancia del sagaz político.

Triunfante la revolución de 1860 se desató sobre Colombia una de esas guerras de persecución religiosa, que ni en moral cristiana ni en filosofía social pueden explicarse sino como brotes de pueblos bárbaros y de tribus salvajes.

No podía el Dr. Berrío, ni como católico ni como hombre de estado, permitir ultrajes de esa índole en el territorio de su mando: desde el primer momento opuso valla infranqueable a todo atentado contra las creencias de sus gobernados, dió plenas garantías a la Iglesia y a sus ministros y saturó el ambiente antioqueño de sabia to-

Oración por Berrío.

lerancia y de saludable libertad religiosa.

No faltaron las órdenes del gobierno nacional para que se cumplieran los edictos pretorianos de persecución y para que se desterrara a Dios de las escuelas. El Dr. Berrío se limitó a poner al pie de esos mandatos: "No se cumplen", y no los cumplió.

Habiéndole felicitado el Ilmo. Sr. Jiménez por su conducta en estas materias, le contestó:

"Mi conducta oficial con la Iglesia antioqueña ha estado de acuerdo con los principios de tolerancia que rigen en las naciones civilizadas".

Y abordando la candente cuestión desde el Mensaje de enero de 1864, previó el racional remedio y trazó el plan de un digno Concordato:

"Convendría—dice—dar una ley para que el Poder Ejecutivo de la Unión procediera a celebrar con el Jefe de la Iglesia Católica un Concordato en que, sin abdicar la independencia y soberanía bien entendidas de la nación, se arreglasen

Oración por Berrío.

tan delicadas cuestiones de una manera satisfactoria para las conciencias de los colombianos”.

También el Dr. Murillo, desde campamento contrario, probó en varias ocasiones—y su conducta con Antioquia lo reafirma—que para él como para el Dr. Berrío, la única clave de la solución de estos conflictos, que tan fácilmente degeneran en persecución y sangre y guerra, es la tolerancia, cima y compendio de civilización, donde pueden convivir todos los pueblos. Para los dos estadistas, así como para todo ser que estima la dignidad, no había en la tierra y en los mares, en la vida y en la muerte, nada más sagrado que la conciencia de un hombre.

La correspondencia privada, a que hemos aludido, entre los Dres. Berrío y Murillo Toro, se inició en junio de 1864, y no vino a cerrarse sino en 1872.

Establecida la fe en la lealtad de ambos, por la mutua comprensión de los dos je-

Oración por Berrío.

fes, la correspondencia adquirió pronto ese tono confidencial en que se expresan los sentimientos más sinceros. No conocemos las cartas del Dr. Berrío, mas por algunos pasajes de las del Dr. Murillo se traducen aquéllas y se complementan con documentos emanados del gobernante antioqueño, sobre los mismos temas tratados por el mandatario nacional.

Allí se siente batir el oleaje de las pasiones partidaristas que pedían la guerra, y la resistencia de los conductores que ponían la paz por sobre todo.

“Gobierne sin preocupaciones de partido; contenga a los impacientes allá, que yo contengo a los míos”—decía Murillo en carta de junio del 64.

“Ruego a mis amigos que me dejen gobernar, que yo me entiendo con los enemigos”, es frase acuñada por Berrío.

Y vuelve Murillo, en carta de septiembre de 1867:

“Confío... en que Ud. tendrá la firmeza bastante para mantenerse dentro de su propia esfera de acción y dentro de su

Oración por Berrío.

honrado programa de paz, sin que ninguna excitación de partido ni mira ambiciosa pueda descarrilarlo. No se canse en esta vía de moderación y de liberal apoyo, que han guiado sus relaciones con el Gobierno General”.

He aquí cómo respondía Berrío a estas ideas, en sus documentos oficiales:

“Que se gobierne con todos los hombres honrados, sea cual fuere su denominación política, la cual no debe existir para una administración verdaderamente nacional”.

“La tolerancia que hasta hoy se ha disfrutado continuará siendo la misma, y cada cual puede pensar, hablar y escribir como le parezca”.

“Desgraciado el Magistrado que dé cabida en su corazón a la voz de la amistad, del espíritu de partido, de la intriga, del miedo, de la riqueza, de la pobreza o del interés particular contra el interés social”.

Mírese, pues, cómo fué la paz la más grande preocupación y el mayor triunfo de los

Oración por Berrío.

dos grandes estadistas, a pesar de que contra ella y contra ellos se conjuraron notables caudillos de ambos partidos, y todas las pasiones políticas y sectarias. El Estado de Antioquia vivió en paz durante doce años, y sólo a esa paz debe esta tierra lo que fué entonces, lo que hoy es y lo que espera ser. y será.

Pero el Dr. Berrío debió de pensar, como el macedonio, que sus funerales serían sangrientos. Corrido apenas un año de muerto el centinela de la paz, los partidos y los caudillos que acechaban su desaparición, soplaron el fuego de la guerra, que fué como soplar sobre la patria el fuego del infierno. Que ella y Dios lo demanden a los culpados!

¡Los partidos! Hé aquí cómo, al igual de Berrío, preocupaban a Murillo y cómo los juzgaba:

“Cuándo descompondremos los antiguos partidos, llenos de fatales reminiscencias e inadecuados a la situación actual”.
(Carta de agosto de 1864).

Oración por Berrío.

“Mire siempre por encima de los partidos la estrella fija de la paz y de la integridad nacional”. (Carta de agosto de 1867).

“..... Hacer una nueva evolución en los partidos, de manera que los viejos con sus odios queden fuera de combate, y se les sustituyan otros, propios del movimiento político y social del país”. (Murillo, carta de abril del 69).

¡El espíritu de partido! Todos hablan contra él, todos lo temen y qué pocos se sustraen a sus influencias. Ya véis cómo Murillo Toro quiere sacudirlo y cómo lo sacudió Berrío, naciéndose superior a su partido, por no haberse dejado arrastrar por él ni a la guerra ni a la injusticia. Así lo proclama la unanimidad de esta apoteosis, que es genuinamente popular y colombiana.

Aquel espíritu siniestro es el que entroniza las divinidades del Foro, y al mismo tiempo que la humanidad siente hambre y sed de justicia, él—como lo pide Marinetti—eleva alta-

Oración por Berrio.

res "a la hermosa y grande injusticia".

"Jesús predicó, dice Juan Rosadi, la gran ley del amor y de la solidaridad; pero el farisaismo la interpretó malamente por las violencias de la política y el delirio de la superstición. El espíritu de partido exige siempre dos víctimas: la libertad y la inocencia; y no renuncia jamás a sus dos medios de tortura: la persecución y la calumnia".

Resumiendo el mismo autor su obra sobre Jesucristo y la obra del maestro de Nazareth, trae esta enseñanza sobre dolencias y problemas creados por el espíritu de partido y que siguen y seguirán angustiendo a los mortales:

"La obra viva del maestro de Nazareth, marca el contraste entre ella, viviente y benéfica, y las condiciones actuales de hipocresía legal, convencional y farisaica, que nos hace percibir en toda manifestación de la sociedad civil un profundo desacuerdo entre la conciencia y la vida. De aquí que los hombres

Oración por Berrío.

se oculten ellos mismos y oculten a los demás lo que conocen; aparenten estimar lo que no estiman; toleren y defiendan principios, sistemas, instituciones, usos y leyes en que no creen; y en nombre de una costumbre que han convertido en fuerza—fuerza a que llaman Derecho—perdonen lo que reprobaban y condenen lo que admiran”.

Al inquirir las causas y los elementos que formaron la personalidad social, política y moral del Dr. Pedro Justo Berrío, hay qué descartar casi todas las características con que se han destacado la mayor parte de los prohombres y caudillos de la América hispana, y de aquí la dificultad general de explicar esa enorme figura: aunque de estilo llano, claro y comprensivo, no fué un retórico ni lo desvelaron las dificultades de la filología ni las sutilezas casuísticas; su palabra de cortes secos y acerados, no fué el verbo que arrastra multitudes ni la engañifa con que se mistifica a los pueblos; militar de

Oración por Berrío.

ocasión, renunció al prestigio bélico y no se impuso jamás por la violencia; pobre como particular y de acrisolada honradez como gobernante, ni consiguió ni contempló adeptos con prebendas y gajes del tesoro público.

Tres elementos hicieron los relieves y la altitud del hombre: el sentido común, la probidad y el carácter.

Un enorme sentido común cristiano, basado en la admirable ponderación de las tres virtudes que lo forman: prudencia, justicia y templanza. Facultad intuitiva que le permitió orientarse entre la oscuridad de las pasiones y las exuberancias del medio, y dar con la solución definitiva y exacta. Facultad y virtudes que le enseñaron la ciencia más rara y la más necesaria en todo conductor: la de conocer, dominar y utilizar a los hombres.

¡La honradez! Esa muralla diamantina contra la cual se estrellan, impotentes, las propias y las ajenas pasiones; virtud que es higiene y dignidad

Oración por Berrío.

y deber. Fué la del Dr. Berrío una probidad como tiene qué ser; si es probidad: sin adjetivos que la palian, sin contemporizaciones que la desvirtúen y sin transacciones claudicantes y acomodaticias.

La honradez personal del Dr. Berrío le fué tan natural y clara como la austeridad de su continente y la altura de su cuerpo. En su vida económica pensó siempre en los demás; nunca en él. Cuando fué llamado a regir los destinos de sus conterráneos tenía acumulada una modesta fortuna, a golpes de trabajo, de economía y de rectitud; cuando se retiró y murió, no dejó nada; nada, fuera de un nombre limpio y una limpia posteridad, entregada a la justicia o a la injusticia de sus compatriotas.

Como administrador de la "hacienda pública"—esto es, de bienes ajenos, que son del pueblo—fué implacable en su probidad. Al tomar posesión de la jefatura de Antioquia, en enero de 1864, dictó un decreto limitando a horas el plazo

Oración por Berrío.

para rendir cuentas, a los empleados de la administración caída. Cuenta el hijo de un contemporáneo que era tal la fuerza que el Dr. Berrío imprimía a sus mandatos, que habiendo sido derrotado su padre en el combate de Caseajo y ocultándose por temor a las represalias, se apresuró a salir del escondite y a dar razón documentada de su manejo.

Tiempos fueron esos de limpieza y claridad en la circulación de los caudales públicos; las cajas eran de vidrio y cristalinas las corrientes monetarias. No se vió entonces que los magnates las enlodaran impunemente y en la misma superficie, ni que los contribuyentes anduviesen recelosos, sin ver ni tocar, pero presintiendo que por el subsuelo pudiesen correr turbias.

El bosquejo que hemos trazado del gran ciudadano puede dar alguna idea de lo que fué su carácter. Quizá la cualidad más saliente y en la que irguió su persona y la prospe-

Oración por Berrío.

ridad del pueblo confiado a su dón de mando.

Nada detuvo ni nada arre-
dró aquella voluntad cuando se
hallaba en presencia del deber.
Fué el superhombre, en el sen-
tido que le da Romain Rolland:
“No llamo héroes a los que
triunfaron por el pensamiento
o por la fuerza; sólo llamo hé-
roes a aquellos que fueron
grandes por el corazón. Cuan-
do no hay grandeza de carác-
ter no hay grandes hombres;
... apenas habrá ídolos exalta-
dos por multitudes viles; pero
los ídolos caen y las multitu-
des pasan”.

Merced a su carácter, el Dr.
Berrío pudo cumplir este bello
ideal de vida: hizo todo el bien
posible; amó la libertad por
sobre todo; y nunca traicionó la
verdad.

Los antepasados del Dr. Pe-
dro Justo Berrío fueron vas-
cos y señaladamente se encuen-
tra en su ascendencia directa
una hermana de Gonzalo Ji-
ménez de Quesada, de modo
que por las venas de aquel va-
rón insigne corría la misma

Oración por Berrío.

sangre que por las de este Mariscal preclaro; sangre de descubridor, de colonizador y de fundador. Explícanse así, en mucha parte, las cualidades del hombre de Antioquia: la contextura corporal, el vigor físico, la iniciativa en las empresas, el arrojo en los peligros, el asectismo de las costumbres, la audacia en la acción, la fe en los hechos, la desconfianza en las elucubraciones académicas, la reciedumbre del carácter, la recta y brava independencia del espíritu.

Luégo, el tiempo y el medio fueron adaptando y depurando las cualidades raciales. No puede prescindirse de las condiciones en que ha vivido la gente montañesa y que la han obligado a crear virtudes de sus mismas necesidades; venida en parte de la España trabajadora y serrana, no buscó el abrigo cortesano de las ciudades sino las inclemencias de los montes; hogareña en el solar nativo, fortaleció los vínculos de familia y aquilató las virtudes domésticas en el ais-

Oración por Berrio.

lamiento provincial; los flancos numerosos de sus mujeres le impusieron la previsión y el ahorro; la lejanía de la autoridad legal hicieron imperativos y autoritarios al padre y al patrón.

Los mismos elementos materiales del medio han marcado rasgos específicos en estos hijos de Colombia, que los diferencia, pero que no los separa en la fraternidad común. Notad el mismo acento de la voz, cantado y prolongado, "rudo y dejativo", que se impuso por el apartamiento de choza a choza, de plantío a plantío, de cerro a cerro; y por el rumor de los vientos y por el estrépito del agua en los torrentes.

La suma esterilidad de la madre tierra ha sido uno de los factores más decisivos en la formación del carácter antioqueño. De allí la constancia y tenacidad en el trabajo, que se hace heroico cuando se juegan el hambre propia y el de la familia; el ahorro y la economía, que suelen confundirse con la avaricia, obligados por lo es-

Oración por Berrío.

caso de los rendimientos; esa esterilidad y lo aleatorio de las minas hicieron a nuestro pueblo especulador y aventurero y lo llevaron a colonizar tierras extrañas, a fundar ciudades y a correr mundo, en busca de soles más propicios y de vida más generosa.

Trajo de España la gente montañesa su catolicismo genuino e intransigente; la ignorancia en que vegetaba, la vida sencilla y la ausencia de complicaciones intelectuales, dieron al párroco ilustrado y virtuoso influencia incontrastable; los cataclismos de la naturaleza, los peligros del trabajo y la soledad de las selvas la volvieron huraña, la impregnaron de melancolía y la hicieron mística.

En la formación de este pueblo montañés entraron componentes que le dan, sin duda, caracteres específicos: tiene algo del aborígen, que inyectó paciencia, contemplación y astucia; y mucho del africano, que trajo pasiones ardorosas, gusto de sangre y orgullo de desier-

Oración por Berrío.

tos. Templó el ánimo laborando en las crestas “donde da vértigo a las águilas” y se hizo héroe en los derrumbamientos de las minas y en las angustias de los organales.

De ese bloque ingente, formado de hierro, de mármol y oro; de carne y de sangre proceras; de razas redimidas y aquilatadas; de tristezas y de valentías; de paciencia y de trabajo; de faltas y de virtudes; de adversidades y de victorias, surgieron triunfadores el cuerpo y el alma de Pedro Justo Berrío.

El no sólo fué un hombre sino también una región, una época y una raza. Berrío plasmó el alma de Antioquia y fué su más grande personero; la Providencia fué la escultora del alma de Berrío y levantó la escultura para ejemplo y admiración y gloria de Colombia.

C. E. Restrepo.